

Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, al inaugurar la XI Conferencia General del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina

Señor secretario general del
Organismo para la Proscripción de
Armas Nucleares para América Latina;

señor representante del secretario
general de las Naciones Unidas;

señor representante de la Organización
Internacional de Energía Atómica;

señores delegados;

señoras y señores:

A nombre del gobierno y del pueblo de México extendiendo la más cordial bienvenida a los delegados y representantes que participan en la XI Conferencia General del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina.

La vocación pacifista de México nace de nuestra historia, como afán de sobrevivencia y como instrumento para perseguir el bienestar del pueblo: se trata de una vocación compartida con otros países de América Latina, que encontró expresión concreta en un documento de derecho internacional de proporciones históricas.

Al suscribirse el Tratado de Tlatelolco, hace más de 20 años, se delimitó por primera vez una zona

densamente poblada, libre de armas nucleares. Las razones que lo nutrieron, hoy más que nunca, reclaman la adhesión de otras naciones.

La importancia de Tlatelolco y sus dos protocolos no puede ser exagerada. Su carácter precursor y su propósito han sido reconocidos por la comunidad de naciones, incluidas las potencias nucleares, con lo cual confirmamos el triunfo de la fuerza moral de los medios pacíficos, como lo son el diálogo y la concertación.

De igual forma Tlatelolco ha inspirado proyectos similares en otras regiones del planeta: el Tratado de Rarotonga, los esfuerzos por concertar un acuerdo similar en los Balcanes y en el Océano Índico, son ejemplos de cómo otras naciones en desarrollo asumen su responsabilidad en el proceso de desnuclearización.

A pesar de ser limitadas geográficamente, la relevancia de estas acciones en el camino de la paz y el desarme internacional, no debe menospreciarse. El objetivo de la paz a todos nos compete, porque la amenaza nuclear no hace excepciones.

Hoy vivimos una nueva etapa en este proceso, cuya meta es el desarme general y completo. Nos anima un razonable optimismo al constatar que las grandes potencias adelantan iniciativas que por primera vez tienden a la eliminación de sistemas bélicos en operaciones nucleares y convencionales.

Ello apunta a un triunfo de la razón, a un profundo replanteamiento de las doctrinas de seguridad y de equilibrios estratégicos, así como a una nueva conciencia global de los problemas que compartimos.

Se ha detenido, en consecuencia, esa recalci-trante inercia de décadas de confrontación entre el Este y el Oeste. Comienza ahora a vislumbrarse un gran cambio en las relaciones internacionales del que no podemos permanecer ajenos. El fin de la guerra fría abre oportunidades de cooperación insospechadas y permite centrar la atención mundial en los graves desequilibrios entre regiones y países.

Debemos estar muy atentos al diálogo entre las grandes potencias militares y alentar la búsqueda por un planeta menos amenazado, más a la escala del hombre.

La mayoría de los países, grandes y pequeños, se disponen a emprender un proceso profundo de modernización política y económica que los prepare para enfrentar la enorme transformación mundial en marcha y las perspectivas que se avizoran en los albores del nuevo siglo.

Pero la modernización política y económica exige cuantiosos recursos que obligan a replantear prioridades. Ante el reto de la modernización, no tiene cabida ya el derroche desbordado de cantidades inmensas de recursos, en programas militares que, de hecho, ponen en riesgo el crecimiento sostenido de la economía internacional.

Los países en desarrollo buscamos nuestra propia modernización. Tenemos la capacidad y la voluntad para ensanchar nuestros márgenes de acción y propiciar nuevas oportunidades comerciales, tecnológicas y financieras en beneficio de nuestros pueblos.

La contraparte del esfuerzo interno debe ser una actitud abiertamente corresponsable de otras naciones. El agobiante peso de la deuda externa para los países de América Latina sigue significando un déficit incalculable de bienestar.

No es la aventura o la confrontación el modo de resolver los desequilibrios que impiden la prosperidad. Es la negociación firme y realista y el reconocimiento de los acreedores a los grandes esfuerzos de nuestros pueblos lo que hará posible un crecimiento estable y no inflacionario de nuestras economías, y, a la vez, un mayor y más saludable intercambio internacional.

México cree firmemente en el sistema multilateral, y de ahí su tenaz labor en favor del desarme. Estamos decididos, en consecuencia, a redoblar esfuerzos en las Naciones Unidas, en la Conferencia y el Comité de Desarme y, cuando sea necesario, en el Grupo de los Seis, para plasmar en acuerdos tangibles los anhelos de paz que todos los aquí presentes compartimos.

Si en las épocas de mayor enfrentamiento mundial asumimos nuestra responsabilidad, en la distensión no podemos permanecer indiferentes.

Aceptamos el reto de convertir signos alentadores en oportunidades para consolidar una nueva época de cooperación internacional.

Nuestras coincidencias en los foros multilaterales no son casuales, resultan más bien del apego de nuestros países a las normas y principios del derecho internacional.

En esta XI Conferencia del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares, México desea reafirmar, inequívocamente, su política en favor del desarme, la descolonización, la protección de los derechos humanos y el fomento de la cooperación internacional para el desarrollo, asuntos todos cuya solución es indispensable para la construcción de un mundo más justo, estable y en paz.

En el proceso de distensión actual es más fácil asentir a ese llamado de la razón que nos indica que una cultura de la paz es condición indispensable para lograr la prosperidad de las naciones.

El Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y el OPANAL, son un paso para forjar esta cultura. Sus objetivos no son otros que aquellos que dan sentido a la organización de los Estados y propósito a los esfuerzos de hombres y mujeres para construirse una vida mejor.

Señoras y señores:

En esta ocasión México desea reafirmar su política en favor de la convivencia pacífica entre las naciones; la cooperación internacional para alcanzar niveles superiores de progreso y el respeto irrestricto a la autodeterminación de los pueblos.

Tenemos fe en el futuro y también en la capacidad conjunta para sumarnos y apoyar un nuevo clima en las relaciones internacionales y una mejor época para la humanidad.

El espíritu que caracteriza a la OPANAL es un ejemplo de cooperación efectiva que debe iluminar otros campos donde podamos trabajar juntos y juntos avanzar. Que el desarme y la orientación de los recursos hacia el desarrollo sean los dos factores que definan, en los hechos, el nuevo concepto de seguridad para el siglo XXI.

Hoy, 25 de abril de 1989, declaro formalmente inaugurada la XI Conferencia General de Organismos para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y expreso mis mejores votos por el éxito de sus trabajos que abrirán, sin duda, un nuevo espacio para el desarme y, sobre todo, para el desarrollo de nuestra América.

Tlatelolco, D.F., 25 de abril de 1989.